

## LA CRISIS DE INMIGRACION Y LA VOLUNTAD POLITICA

Por

Jorge A. Sanguinetta

Si descontamos las catástrofes naturales, son pocas las veces que las crisis políticas de los países no son el resultado de procesos que se han ido acumulando por mucho tiempo. Un ejemplo clásico es la crisis de los seguros sociales que han afectado a tantos países y que afectará a Estados Unidos en un futuro cercano. Otro ejemplo es la falla de muchos gobiernos y sus ciudadanos de adoptar las medidas económicas que impidan la acumulación de la pobreza o el crecimiento del desempleo. El que Hugo Chávez y Evo Morales hayan tenido sus respectivos triunfos electorales es una prueba de lo primero, mientras que la incapacidad de los políticos franceses de lidiar con la rigidez laboral de su país confirma lo segundo. En fin, la historia está llena de ejemplos donde los seres humanos posponen los problemas hasta que su acumulación los hace estallar en una crisis. Y la posposición se hace más larga mientras más complejos y difíciles de resolver son los problemas. Cuando los gobernantes y políticos en general no se enfrentan a los problemas para intentar alguna solución, se suele decir que “falta la voluntad política” para resolverlos. La voluntad política se convierte entonces en un gran eufemismo bajo el cual se oculta con una cierta dosis de deshonestidad la cobardía, la incompetencia, la falta de integridad o la simple ignorancia de los gobernantes y hasta posiblemente de grandes segmentos de la sociedad.

Así hemos llegado a la actual crisis de inmigración que afecta a Estados Unidos y que presenta toda una colección de dilemas y proposiciones. El más obvio de los dilemas es el de si debemos admitir un número elevado de inmigrantes por los beneficios económicos que esto trae para el país, o si debemos controlar más estrechamente la inmigración para evitar la infiltración de terroristas y otros enemigos del país. Aun dentro del criterio económico se presentan muchas disyuntivas, desde la que propone descabelladamente la total apertura de las fronteras, hasta la que se limita a admitir a un número limitado de trabajadores “visitantes”. El criterio que valora más la seguridad interna también se plantea con muchas alternativas, desde la impracticable construcción de una muralla hasta el reforzamiento de los instrumentos de control fronterizo. Sin embargo este debate, aunque válido está incompleto pues sólo se limita a soluciones en el corto plazo sin examinar algunas de las consecuencias en el largo plazo. Aunque yo no deseo contribuir a complicar el debate en la mente de mis lectores, creo que es necesario apuntar estos elementos porque el desconocerlos puede traernos crisis futuras de peores dimensiones que la que nos ocupa ahora.

Un flujo masivo de inmigrantes hacia Estados Unidos puede tener consecuencias muy negativas para el equilibrio ecológico de muchas de sus regiones, consecuencias que se harían sentir en el corto plazo pero que tendrían más serias, acaso irreversibles repercusiones en un futuro más lejano. Además de tales efectos debe tenerse en cuenta que en la medida que los nuevos inmigrantes no se asimilen a la cultura democrática del país, a manejarse adecuadamente con el idioma inglés y a no adoptar las normas de

comportamiento que caracterizan a la cultura fundadora de esta nación (en especial el respeto a un estado de derecho), los elementos aglutinantes del país podrían debilitarse seriamente.

Las ventajas económicas son importantes pero sus efectos de corto y hasta de largo plazo no deben dominar la decisión final. Es cierto que la globalización exige que Estados Unidos mantenga una elevada competitividad de costo en sus exportaciones, para lo cual puede usar la mano de obra que esté dispuesta a trabajar por los salarios existentes y que no atraen mano de obra nativa. Por lo tanto esta consideración no puede soslayarse. Pero el uso de las ventajas económicas, o sea, el número de trabajadores inmigrantes que se admita en el país debe estar restringido por los factores de seguridad, ecológicos y político-culturales ya mencionados. El gobierno de Estados Unidos y sus dos grandes partidos políticos deben llegar a una solución ecléctica en estos términos, pero al mismo tiempo exigiéndole al gobierno de México de manera muy categórica y sin cortapisas excesivamente diplomáticas, que adopte las medidas de modernización de su economía para que la misma pueda generar el empleo necesario para reducir al presión emigratoria desde ese país. Aunque el Tratado de Libre Comercio que se firmó en la década pasada ha traído grandes ventajas a ambos países, las mismas no han sido suficientes para reducir el diferencial salarial entre sus respectivos mercados laborales.

Es indispensable que Estados Unidos adopte una política más congruente con sus intereses pero sobre todo más franca, especialmente con relación a México. Es cierto que ahora se presenta una situación delicada con las perspectivas electorales de ese país. Un error de cálculo por parte de Washington puede darle un triunfo a la izquierda mexicana y esto sería imperdonable. Hasta ahora ha sido muy fácil para este vecino país, lavarse las manos y esconderse hipócritamente en su propia xenofobia y sus leyes anti-inmigración, mientras contempla y hasta estimula las manifestaciones de millones de sus ciudadanos en Estados Unidos, manifestaciones que no serían permitidas en México. ¿Podrá Washington acumular la dosis de “voluntad política” que se necesita para lidiar con esta situación?

Saint Augustine, Florida, 12 de abril de 2006